

2018

En Vez de Flórez

p joshua laskey
Fairleigh Dickinson University

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.humboldt.edu/toyon>



Part of the [Fiction Commons](#)

Recommended Citation

laskey, p joshua (2018) "En Vez de Flórez," *Toyon Literary Magazine*: Vol. 64 : Iss. 1 , Article 19.
Available at: <https://digitalcommons.humboldt.edu/toyon/vol64/iss1/19>

This Translation/Multilingual is brought to you for free and open access by the Journals at Digital Commons @ Humboldt State University. It has been accepted for inclusion in Toyon Literary Magazine by an authorized editor of Digital Commons @ Humboldt State University. For more information, please contact kyle.morgan@humboldt.edu.

En vez de Flórez

pjoshua laskey

—Flora, Pruébalo, hija.

—Después de ti, papi. —insistió su hija de diez años.

No podía determinar si estaba ella temerosa, orgullosa, o impasible. Habían pasado juntos todo el día—yendo de compras al mercado, relleno de los chiles, perfeccionando su salsa verde. Ya había llegado el gran momento. Sumergió la cuchara en la salsa espesa y la llevó hacia los labios mientras lo miraba su hija, con anticipación. Mientras su lengua se encontró con las especias, enseguida lo trasladaron.

—¿Por qué lloras, papi?

—¿Es demasiado picante? —preguntó su esposa antes de levantarse de su silla para llevarlo un vaso de leche.

—No, no, no —logró decir—. Es ... perfecta.

—¿La misma como la que cocinaba tu abuelita? —preguntó su hija.

Sin embargo, no podía hablar a causa de llorar. ¿La alegría? ¿La tristeza? ¿La añoranza de un pasado que nunca había pasado jamás o que nunca se había permitido pasar? No lo podía determinar. No le importaba.

—A su abuelito le va a encantar —le dijo a su hija.

Sonrió ella con toda la cara.

—No, papá; toda era su idea.

Sonrió su padre con toda la cara.

—La ayudé con saber leer la receta, pero cocinó ella casi todo.

—Pues, Flora —dijo su padre a través de la mesa—, es perfecta.

—¿La misma como la que cocinaba tu mamá? —preguntó su nieta.

—Sabrosa —dijo él con lágrimas en los ojos.

—¿Estás llorando?

—¿Sabes quién era que le enseñó a tu padre saber cocinar éste? —preguntó él.

—Era abuelito —contestó el hijo suyo sin permitir a su propia hija el tiempo para reflexionar—. Sin embargo, era yo mayor que ya eres.

- Pues, ¿quién te enseñó, abuelito? ¿Bisabuelita Miller?
—Claro que sí.
—¿Quién le enseñó?
—Su marido —contestó él.
—¿Bisabuelito Miller?
—No —dijo el padre de ella—. Su primer marido. Era mexicano.
—¿Se casó dos veces bisabuelita Miller?
Se sonrió su abuelo. —Sí.
—¿Se murió su primer marido antes de que naciste?
—No.

* * *

El salón de tatuaje olía como antiséptico. Zumbaban como abejas una media docena de artistas en sus puestos, agujijones en la mano, oprimiendo la carne.

—Quizá me pondré sólo alguno pequeño —dijo su padre, unos restos de su miedo de niñez de la aguja haciendo la voz más ronca.

—No tenemos que lograrlo —dijo él—. Ya mamá cree que nos hemos vuelto locos. —Rió él, tratando de desencadenar a su padre de tensiones que se disputaban.

—¿Qué cree tu esposa de nosotros? —preguntó su padre, como si la aprobación de una nuera de la idea impulsiva pudiese rectificar el mundo.

—Pensamos en llamar al bebé <<Flora>>.

Sonrió su padre con toda la cara.

—Quizá me pondré sólo alguno pequeño —dijo el hombre mayor con resolución.

Salieron al sol lleno con los hombros cubiertos, según el último consejo del artista de tatuaje. La piel estaba hinchada alrededor de las letras cursivas de tinta. Enconada. Roja.

—¿Crees que se va a enfadar tu madre?

—Creo que va a sacudir la cabeza y seguir frotando la loción hasta que se cicatriza — contestó su hijo.

—Es una buena mujer.

—¡Sabemos escogerlas!

—¡Y tenemos suerte tremenda en que nos dicen sí! —Rió su padre.

Caminaron hacia el hotel un rato en silencio. Vio él que lloraba su padre.

—¿Te dolió tanto que lo has previsto?

—Nada en comparación a lo que padeció él —contestó su padre.

* * *

Vio las lágrimas de su padre en los funerales. Estremecimientos silenciosos. Gotitas formando en los párpados inferiores antes de alcanzar una masa crítica y luego correr por las mejillas. Colocó la mano sobre la rodilla de su padre, y su padre, después de un momentito, metió la mano propia encima de la de su hijo.

En la acera al exterior de la iglesia vieja de adobe, estaban de pie esperando el cortejo que llevaría el padre de su padre al cementerio para el entierro militar. Se había encargado su padre de recibir a nombre de la familia la bandera doblada, ya que era el pariente mayor que asistía. Descendiente. Único hijo. Hijo único. Lo miraba a su padre manteniéndose firme para el honor. No podía determinar si estaba el hombre mayor temeroso, orgulloso, o impasible.

—Deberíamos ponernos en los brazos su apellido —dijo él.

—¿A causa de que llegó a este país como bracero? —preguntó su padre distraídamente, los ojos fijados todo derecho y distantes, pero no desprendidos.

—A causa de que es nuestro apellido también.

* * *

No había visto a Cruz por muchos años. Su abuelo. El padre de su padre. Ya no podía distinguir al anciano enfermo en el sillón a pocos pies de distancia a causa de las lágrimas que emborronaba la visión. Podía sentir la mano de su esposa que agarraba la suya. Apretando, pero sólo bastante para recordarle a él de que estaba ella ahí. Podía oír los sollozos de su padre de otra parte del cuarto, y esperaba que le proveyera su madre a su papá lo mismo que en la intimidad le proveía su propia esposa a él. Era él seguro que sí lo hacía ella.

—Y lo hice —quebró la voz de su abuelo. También lloraba, aunque sin alguien con que tomar la mano. —Maté a los prisioneros. Ya apunté mi rifle y ... —pero se puso a llorar incontrolable.

Cuando se había compuesto el nieto suficientemente para enjugar sus propias lágrimas, se levantó para moverse hacia su abuelo, para consolar al anciano temblante en el sillón. Cuando vio a su propio padre, el hijo distantísimo del anciano, ya acuclillado al lado del soldado arrepentido, la mano sobre su rodilla temblorosa, el joven dio un paso

adelante, se acuclilló, y puso una mano tembleque sobre la otra rodilla del anciano.

—¿Estás bien, papá? —preguntó a su padre mientras regresaban a pie hasta el hotel.

El otro hombre no dijo nada por varias cuerdas. Goteaba una lágrima por su mejilla, así que se volvió la cara su hijo, al frente todo derecho, mientras caminaban hombro a hombro. Miró a su esposa y a su madre unos pasos más adelante. Vio las tejas rojizas del campanario de la iglesia que destacaba arriba de las tiendas bajas que lindaban con la calle mayor que utilizaban para prolongar, y hermohear, su vuelta de la casa de su abuelo.

Mientras pasaban ante la ventana de un salón de tatuaje poco activo, dijo su padre— Creo que ya puedo disculparlo.

—¿Al saber lo que padeció? —preguntó el hijo.

—No lo exime de nada. —Pausó su padre, pero no cambió su ritmo de paso—. Aunque sí explica mucho.

Paró enfrente de la iglesia y se volvió a su hijo.

—Espero que no hiciera lo que hizo, pero ¿quién sabe? Según las circunstancias. Es verdad que nunca he servido, entonces quizá no sé de lo que hablo. Aunque ciertamente puedo entender un jovencito, acaba de ver a sus compañeros muriendo el día anterior, y a manos de los mismos soldados enemigos a los que mientras tanto ha ayudado apresar. — En la palabra final, subió en el tono su voz como si plantease una pregunta—. No sé.

Dejó de hablar. No le interrumpió su hijo.

—Tal vez también los hubiera tirado. Por orden de mi sargento. Aceptado la promoción y pues tenido que vivir con el horror el resto de mi vida.

—Aquí por allí, salvo la salve del Señor —murmuró su hijo.

—Gracias por estar dispuesto a acompañarnos por este viaje para visitarlo. Acompañarme. Estoy seguro que tienes un montón de cosas a las que necesitarás volver.

—No estaría en siquiera lugar fuera de aquí, papá. Además, me alegro que vine.

Sonrió su padre con toda la cara, y tenía una lagrimita por el ojo.

* * *

—Quiero que me adoptes —le dijo el adolescente a su padrastro que era en verdad el marido nuevo de su madre—. Antes de que cumpla dieciocho años.

—Creo que tuviera que aprobarlo tu padre —dijo el hombre mayor—, pero si estuviera dispuesto él ... ¿Por qué de repente como así?

—Te amo —dijo el mozo, resistiéndose ahogarse de emoción—, y quiero apellidarme con el tuyo como lo hizo mamá cuando se casaron uno a otra. Somos familia, y no quiero irme de esta casa para el mundo por mi cuenta sin la prueba de que eres mi papá.

Se humedecieron los ojos del hombre mayor. —Está bien que se llora, ¿sabes? —le dijo a su hijastro. Y dando un paso adelante con su pierna de madera, estrechó en los brazos al mozo y lo apretujó hasta que se calmaron los sollozos.

—Creo que esta noche cocina tu madre chiles rellenos.

—Puedo sentirlos a pesar del mocarro —se rió el mozo a través de los últimos hipos de su emoción incontrolable, aún mientras enjugaba con la mancha las mejillas cálidas y manchadas—. Antes de marcharme desde esta casa —dijo—, debería pedirle a ella que me enseñe a prepararlos.

—Es cierto que sí te haría un soltero aún más elegible por el mundo de lo que tanto te preocupas —se sonrió su padrastro.

—¿«Miller»? —bramó su padre—. ¿Quieres que te deje que cambies tu apellido a «Miller»? No va a pasar. ¡No voy a firmar nada que permite que alguien me robe mi hijo y especialmente no si obligue él que cambies tu apellido para que pueda fingir que tenga un hijo propio!

Ahogó el mozo lágrimas de amargura y de su rabia contenida.

—No pide que lo haga yo. Yo le pedí a él. Y ha accedido.

—Supongo que te traiga consigo tu madre —bufó el hombre mayor mirando con ceño.

—No —dijo su hijo tan tranquilamente como podía—, me traigo conmigo por mi cuenta.

—¿Y quién es qué traes contigo? ¿Un traidor de tu padre? ¿de tu raza? ¿«Miller»? ¡Qué apellido gringo! —Se rió con amargura. Lágrimas de cólera se hicieron a los rabillos de sus ojos enconados.

—Yo soy el que va a cambiarme el apellido en «Miller» si a ti te guste o no. Cuando cumplo dieciocho en unos meses, puedo lograrlo sin tu firma. Vine aquí para tratar de discutirlo hombre a hombre.

—Viniste aquí para dañarme.

—Si eres la medida de un Flórez, entonces sería yo cualquiera en vez de un Flórez. Aun nada —gritaba el mozo—, pero si el hecho de convertirme en Miller te daña, pues, ¡tanto mejor!

Golpeó de revés a su hijo el hombre mayor. Lágrimas. La sangre escurriéndose poco a poco desde un labio partido. El calor de

un verdugón subiendo desde la mejilla aún suave, sin ningún indicio de barba. Una mandíbula apretada con firmeza.

—El hombre verdadero no llora —pronunció el padre su fallo y luego arrancó la hoja de papel que todavía cogía su hijo con la mano temblada.

Con dificultad, grabó la firma.

—¡Hecho! Ya eres de él. El vagoneta gandul. ¡Soy veterano! tú niño ingrato.

—Él lo es también. —Una palabra más y pudiera ponerse a empezar el sollozo.

—Hubiera podido quitarle la pierna en varias maneras aparte de servir a esta patria.

Dejó de hablar. No le interrumpió su hijo.

—Es probable que pasara a lo largo de la guerra entera guardando cama y coqueteando con las enfermeras después de hacerle tropezar su propio cordón desatado y quedarse la bota enganchada en la escalera de desembarco en la pista. Puede afirmar que estuviera <<en el país>>, aun, mejor, que entrara <<en combate>> si se aterrizaron en una zona caliente y hubiera el ruido de tiroteo lo más mínimo a lo lejos; puede renquear por todas partes bebiendo a lengüetazos la atención como pobrecito amputado inválido mientras los hombres verdaderos libraban la guerra y luego creaban infantes después de regresar a casa.

Se sorbió el mozo—pero tenía cuidado de no gimotear—antes de recoger la hoja de papel que se quedaba sobre la mesa. Con ella seguramente en mano, se puso los hombros derechos, alcanzó hasta su plena estatura, y le miró a su padre directamente en los ojos.

—El hombre verdadero no golpea a su hijo.

Como regresaba a casa, caminó la ruta más larga. Al lograr la puerta de su hogar, no tenía ningunas lágrimas más para derramar. El olor de chiles que se cocinaban le levantó el ánimo, y el ruido sordo de una pierna de madera que pisaba en alguna parte de la casa le llenó de contento el corazón roto.